

por lo ménos de cosas corpóreas: unas las percibidas por los ojos, y otras las que perciben los oídos. Pero si así sucediese, siendo entre todas tenidas por cosas bellas así una pintura excelente como una sinfonía de Beethoven, de necesidad habrían de tener estos dos objetos una propiedad comun en la que consistiera su belleza. Cuando atribuimos á varios sujetos un solo é idéntico predicado tomado en un mismo sentido, no hacemos otra cosa sino expresar por medio de éste una nota ó propiedad que igualmente se encuentra en todos ellos por razon de su esencia. Por ejemplo, solo aquellas cosas son blancas, que tienen de comun el color blanco, solo aquellas esféricas cuya figura es en todas la de una esfera. Luego el objeto de la vista y el del oído, en cuanto son ambos bellos, deben convenir en una propiedad por la cual decimos que son bellos. Pero es el caso que ni el oído percibe nada de la pintura, ni es más lo que los ojos perciben en la música. ¿Qué se sigue de aquí? Que la propiedad comun á estos objetos, por la cual son bellos, no es perceptible para la vista ni para el oído. Si dicha propiedad fuera perceptible para el oído, la vista percibiría algo en la música; y de la propia manera si lo fuera para la vista, el oído percibiría algo en la pintura. Ningunas otras propiedades son comunes á la sinfonía y á la pintura, y en general á los objetos de los diferentes sentidos externos, sino

las que se sustraen á los sentidos para dejarse ver únicamente de la razon (1). Solo entre estas últimas debemos buscar por consiguiente la belleza de las cosas corpóreas: es pues la belleza una propiedad inmaterial.

El argumento que acabamos de emplear, es el mismo de que se valió Sócrates en Hippias para convencer de ignorancia á los despreciables sofistas de Élis. También quiso Platon por este medio convertir á los sensualistas de su tiempo al sistema de la belleza; y sin embargo, los que entre nosotros siguen sus ideas, presumen de oponer dificultades graves á la dialéctica del sábio griego.

II.

La belleza es cierto una excelencia comun á las cosas materiales y á las inmateriales; pero en las últimas se muestra en un grado mucho más elevado: el mundo inteligible, y dentro de él el orden moral, es su propia esfera.

4. No hay excelencia alguna entre todas las que admiramos en las cosas visibles, que desaparezca tan pronto, que sea tan inestable como su respectiva belleza. La primavera es la más

(1) No hay ninguna propiedad sensible que pueda ser percibida por dos sentidos externos diferentes... «Quinque sunt sensibilia nec eorum aliquod plusquam ab uno sensu externo percipi potest.» Suar. de anima lib. 3. c. 38. n. 1.

breve é inconstante de todas las estaciones. Las más hermosas guirnaldas se marchitan luego, las flores más preciadas son las primeras que se tornan mústias. Cuanto es una fruta más fina, tanto es mayor la necesidad que hay de protegerla contra la corrupcion; cuanto más perfecto un organismo, tanto más fácilmente perece. El ruiseñor no canta tres meses completos cada año. Los fenómenos más sublimes de la naturaleza apenas tienen más duracion que un abrir y cerrar de ojos: el arco iris, la clara nube argentina orlada de oro por los rayos del sol, la alegre mariposa en el delicado matiz de sus vivos colores, la salida del sol con todo su esplendor, con aquellas sus delicias que ensanchan el corazon, se muestran igualmente tan solo para despertar el deseo y para desaparecer despues de haberlo despertado.

«Como en la clara luz del sol se mueve un cesped tapizado de flores, como el iris á manera de un puente de muchos colores se mece en el cielo, así el don de la hermosura pasa cual relámpago, que en el momento de salir lo vuelve á encerrar la noche en su oscuro sepulcro.»

Esto mismo se observa en los hombres mirados con relacion á la parte de su ser por donde pertenecen al orden corpóreo y están sujetos á sus leyes. «Los días del hombre son como el heno: cual flor del campo así florece, y se seca. Porque el espíritu estará en él como de paso; y

así el hombre dejará pronto de existir, y le desconocerá el lugar mismo que ocupaba» (1). Goethe dice, que el hombre está un solo instante en la cumbre de su belleza; de todos modos, el periodo de mayor plenitud de vida en el hombre, es tambien el más corto. ¿Sería pues tan difícil á la materia conservar la belleza, si ésta no tuviera otra morada mejor que el mundo visible?

Es una verdad sabida de todos, que aunque las substancias corpóreas tienen, como las espirituales, varias propiedades puramente inteligibles, nunca las poseén con la misma perfeccion que las últimas. El ser, la unidad, la capacidad de una cosa de ser conocida, el bien, son atributos comunes á cuerpos y espíritus; pero si bien es cierto, que llevan en ambos nombres idénticos, no lo es ménos que en las substancias simples existen en más alto grado de perfeccion que en las compuestas, porque las primeras por su misma naturaleza son más perfectas que las últimas. Lo propio debe por consiguiente suceder con relacion á la belleza. La substancia espiritual, por ser mucho más excelente que la corpórea, poseerá naturalmente mayor capacidad que ella para recibir su medida de belleza; ésta, como cualquiera otra dote inteligible, puede llegar en el espíritu á una

(1) Ps. 102, 15.

perfeccion que la materia no puede absolutamente contener.

Toda criatura racional vive ahora principalmente en una doble esfera. Su esencia y una parte de su vida se hallan determinadas solo por las leyes necesarias de la naturaleza, por las ideas de la sabiduría creadora: más otra parte de ella es el producto de dos factores; pues se forma con el concurso armónico, por la unidad que resulta de nuestra voluntad unida con la voluntad del Criador. Esta libre union de la voluntad, y por consiguiente de la vida toda del hombre con la voluntad del ser infinitamente perfecto, constituye su fin último, su perfeccion propia; como las flores y los frutos con la semilla, así se há dicha perfeccion con aquel ser que se la concede por medio de leyes invariables de la naturaleza. Esta virtud de la voluntad de poder mirar y de mirar realmente como obra suya lo que en el resto de la creacion es obra exclusiva del Criador, la conformidad con la perfeccion absoluta; esta virtud, decimos, es el fundamento principal del sublime rango que ocupa el espíritu entre todas las demás criaturas á quienes no concedió el Criador fuerza ninguna intelectual ni por consiguiente la facultad de elegir. Si grande parece, pues, la criatura inteligente en el orden físico, considerada en el orden moral es incomparablemente más grande. Las excelentes dotes que la adornan, deben

pues alcanzar en este orden su más alta perfeccion; y esto que decimos de ellas en general, es por la misma razon aplicable á la que ahora consideramos: la belleza.

5. En estos dos puntos convienen todos los que tienen autoridad y voto en la ciencia de lo bello. Bueno será oírlos.

Plotino enuncia con repeticion nuestra doctrina en términos muy claros. En su tratado acerca de la belleza enumera una multitud de cosas bellas, parte de las cuales pertenecen al orden corpóreo, y parte al intelectual; y luego añade: «La belleza del alma es la virtud; y es bella en un sentido más perfecto que todas las cosas antes referidas» (1). En cuya idea convienen con los fundadores de la filosofía neoplatónica todos los demás filósofos de esta escuela.

En Ciceron leemos que «la belleza espiritual es una misma cosa con la virtud, y que entre ambas solo existe una diferencia de mero concepto (2)»; despues añade la explicacion siguiente, que es la comun: «Es hermoso lo que se conforma con la natural excelencia del hombre en lo que éste segun su naturaleza se diferencia

(1) Καλλος μὲν οὖν ψυχῆς ἀρετὴ πᾶσα, καὶ κάλλος ἀληθινώτερον ἢ τὰ πρόσθεν. Plotin de pulchrit. c. 1. ed. [Bas. 51. E. Creczer 10.

(2) Ut venustas et pulchritudo corporis secerni non potest a valetudine; si hoc de quo loquimur decorum, totum illud quidem est cum virtute confusum: sed mente et cogitatione distinguitur. De offic. 1. c. 27, n. 95.

de los otros animales» (1). Si á alguno pareciese que en estas palabras no se contiene expresamente nuestra asercion, hé aquí otras más perspicuas que se hallan en otros lugares de sus obras: «Del sábio se dice con razon, que es bello; porque los lineamentos del ánimo son más bellos que los del cuerpo» (2).

Todavía fué más allá la escuela de Zenon, pues sostuvo la tésis que «solo el sábio es bello» (3). «Si pudiéramos ver», escribia en este sentido Séneca, «si pudiéramos ver el alma del justo, ¡cuán bella, cuán santa, cuán resplandeciente se nos mostraría en gracia y excelencia!... No habria nadie que no sintiera su corazon abrasado del amor de ella. Ahora ciertamente muchas cosas embarazan nuestra vista deslumbrándola con excesivo resplandor, ó la cercan de tinieblas; mas ¿no habrá algun medio para que los ojos corpóreos se purifiquen y adquieran mayor perspicacia? Si pudiéramos apartar de nuestra vista interior el velo que

(1) Decorum id esse, quod consentaneum sit hominis excellentiae, in eo, in quo natura ejus a reliquis animantibus differat. 1. c. n. 96. Santo Tomás lee en vez de *decorum pulchrum*. (S. 22. p. q. 142. a. 2. c).

(2) (Sapiens) recte etiam pulcher appellabitur; animi enim lineamenta sunt pulchriora quam corporis. De fin. 3. c. 2. n. 75.

(3) Stoici. . . asseverabant, a sensibus animum concipere notiones, quas appellant *évωλζ* earum rerum scilicet quas definiendo explicant; hinc propagari atque connecti totam discendi docendique rationem. Ubi ego multum mirari soleo, quum pulchros dicant non esse nisi sapientes, quibus sensibus corporis istam pulchritudinem viderint, qualibus oculis carnis formam sapientiae decusque conspexerint. Aug. de civit. Dei 8. c. 7.

tiene, podríamos contemplar la virtud aún allí donde todavía la encubre el cuerpo, donde la pobreza la oculta, donde la bajeza y la debilidad la rodean de sombras. Contempláramos, digo, esta belleza aunque cubierta bajo viles andrajos (4). Entonces se nos mostraría claramente la miseria en que yacen las almas gastadas y sin fuerza, por más que el brillo de la opulencia las envuelva en una luz aparente, y la falsa luz aquí del oro, allá del poder tienda á deslumbrar nuestros ojos. Entonces comprenderíamos cuán digno es de menosprecio lo mismo que admiramos á manera de niños que un juguete cualquiera hace dichosos. Un anillo ó un brazalete, que se compran con algunas monedillas de oro, les son más caros que sus hermanas ó sus padres. Nos admiran unas murallas cubiertas de ténue mármol; pero en esto engañamos á nuestros propios ojos, pues nos consta lo que hay por dentro. Mas si dorásemos la envoltura exterior de nuestra alma, ¿nos agrada-
ría acaso la mentira? Sabido es que el oro solo cubre maderas corruptibles. Ni es únicamente muros y techumbres lo que se procura cubrir de sutil brillo; toda la magnificencia de los hombres que ves puestos en alto, es oropel.

(4) Cernemus, inquam, pulchritudinem illam, quambis sordido oblectam.

Abre los ojos y verás cuanta miseria se oculta debajo de tan ténue resplandor» (1).

Tenemos tambien de nuestra parte la autoridad de tres de las mejores tendencias filosóficas de la antigüedad pagana. Muchos fueron los puntos en que disientan el Pórtico, la Nueva Academia y el Neoplatonismo; mas acerca del que ahora tratamos, andaban de acuerdo sus sentencias; y aunque dichas escuelas creyesen deber rechazar muchas aserciones de Platon, pero en tratándose de la belleza, fundábanla en la doctrina de su maestro. La misma filosofía socrática que Platon expuso con estima en sus diálogos, fué indudablemente la fuente comun de donde aquellos sacaron sus ideas acerca de la belleza, ideas de que forma parte la tésis á que ahora nos referimos. Hé aquí por vía de ejemplo algunos lugares:

«Las cosas incorpóreas», dice Platon, «son más grandes y más bellas que las corpóreas; aunque solo á los ojos de la razon.» (2):

En la introduccion del Protágoras dice Sócrates á Hectéreo haber visto á un hombre, á un extranjero de Abdera, que era mucho más hermoso que Alcibiades. Maravillado de esto dice

(1) Nec tantum parietibus aut lacunaribus ornamentum tenue praetenditur: omnium istorum quos incedere altos vides bracteata felicitas est. Inspice, et disces sub ista tenui membrana dignitatis quantum mali lateat. Seneca, ep. 115.

(2) Τά γάρ ασώματα κάλλιστα ὄντι καὶ μέγιστα λόγῳ μόνον, ἄλλῳ δὲ οὐδενὶ δεικνύται. [Plat. Politic. c. 26.

Hectéreo: «¿Tan hermoso es ese extranjero que sobrepuja á tus ojos en hermosura al hijo de Clinias»? «Buen hombre», replicó Sócrates, «¿cómo no hé de reputar yo por más hermoso á quien es sobre todo más sábio?»

Teetes era, segun la pintura que se lee de él en la introduccion del diálogo que lleva su nombre, de horrible figura, como Sócrates. En el curso de la conversacion le dice éste: «Tú eres hermoso, Teetes, y de ningun modo feo, como ha dicho de tí Theodoro: pues quien bellamente habla, bello y bueno es».

De estos conceptos brota, por decirlo así, en el final del Fedro esta bella oracion de Sócrates: «Oh amado Pan, y vosotros los demás dioses de este lugar, concededme que mi interior sea bello, y que lo que en mí cae por de fuera, convenga con mi interior: que mi reino sea la sabiduría» (1).

(1) ὦ φίλε Πάν τε καὶ ἄλλοι ὅσοι τῆδε θεοί, δοίητέ μοι καλῶ γενέσθαισι τῶνόθεν. τῆζωθεν δὲ ὅσα ἔχω, τοῖς ἐντός εἶναι μοι φίλια πλοῦσιον δὲ νομιζοίμι τὸν σοφόν. Phaedr. extr.

La misma idea exactamente sirve de fundamento al uso de la lengua griega segun la cual καλός denota á menudo simplemente el bien moral. Tambien usa esta palabra S. Pablo (Gal. 4, 18 y Rom. 7. 21). Otros dos ejemplos trae Creuzer en su edicion antes citada de Plotino, X. San Juan Damasceno llama al arbol del bien y del mal «τό... τῆς τοῦ καλοῦ τε καὶ κακοῦ γνώσεως ζύλον»: y en las notas á los κε. ἀλις παρανετικά de San Nilo, es definido el arrepentimiento: «ἡ ἀπὸ τοῦ κακοῦ εἰς τὸ καλὸν μεταγωγή.» ¿Por dónde se explica semejante uso de una palabra que tiene un sentido mucho más lato? Solo del fenómeno que asimismo acaece en otras palabras, que consiste en ser impuesto por antonomasia el nombre del género

6. Clemente de Alejandría cita estos tres últimos lugares de los diálogos de Platon, añadiendo esta observación: «Sócrates enseña pues ser la virtud la belleza, y el vicio la fealdad del alma» (1). Y como las mejores tendencias de la especulación gentilica, así también la filosofía cristiana profesó esta doctrina. En el mismo pasaje recuerda Clemente de Alejandría esas tres palabras de Sócrates y las ideas de Platon al intento de probar que los griegos habían tomado muchas de sus doctrinas de la Teología y de los libros santos de los hebreos, «ἐβάρβαρος φιλοσοφία». El sábio alexandrino miraba también estas ideas como muy conformes al espíritu de la divina revelación, y por consiguiente como doctrina que debía tener por firme la filosofía cristiana. De esto no es posible dudar. El mismo espíritu que por boca de Salomon nos recuerda en un proverbio (2), que «engañoso es el donaire y vana la hermosura (del cuerpo)», es el que inspira al sábio que lleno de admiración esclama: «¡Oh cuán bella es la generación casta con esclarecida virtud!» (3). Esta doctrina

aún á sus mas excelentes especies. Como el bien moral era para los griegos la especie más excelente entre las cosas bellas, de aquí que las llamarán á estas con el nombre del género, καλόν.

(1) Τὴν γὰρ ἀρετὴν τὸ κάλλος τῆς ψυχῆς εἶναι· κατὰ δὲ τὸ ἐναντίον τὴν κακίαν αἴσχος ψυχῆς. Strom. 5. c. 14. ed. Potter. p. 705.

(2) Prov. 30, 31.

(3) Sabiduría, 4, 1.

pues, según la cual tiene la hermosura su propia morada en la región de las cosas espirituales, penetró, como no podía ménos, en los expositores de la ciencia cristiana bajo una forma, en cuanto era posible, todavía más viva y precisa que entre los autores paganos.

«El hombre que quiera ser hermoso», dice también Clemente de Alejandría, «que adorne lo que en el hombre es más hermoso, es á saber, el espíritu, y añada cada día alguna cosa á su hermosura» (1). Muchas veces repite esta misma verdad dirigiéndose al corazón de la mujer: No en los hechizos de faláz artificio ha de frotarse el rostro: queremos enseñarle otro arte, el verdadero arte de adornarse. La hermosura mejor es la interior, como ya hemos dicho muchas veces, aquella hermosura con que el Espíritu Santo adorna las almas derramando en ellas su esplendor: la justicia, la prudencia, la fortaleza, la templanza, el amor á todo lo bueno, y finalmente el pudor; hé aquí los más hermosos colores que jamás se vieron (2). En el corazón es donde han de llevar los adornos, y hacerse estimables por la belleza según el hombre interior. Porque solo en el alma moran la belleza y

(1) Ἄνδρὶ δὲ βουλομένῳ εἶναι καλῷ τὸ κάλλιστον ἐν ἀνθρώπῳ, τὴν διάνοιαν, κοσμητέον..... Clem. Alex. Paedag. 1. 3. c. 3. Potter. 294.

(2) Clem. Alex. Paedag. 3. c. 11. Potter. 221.

la fealdad: solo el alma recta es, pues, verdaderamente bella y buena» (1).

La fiel observancia de este programa de Ética cristiana celebraba Gregorio Nancianceno en su hermana y en su madre. «No gusta ella del ornato», dice hablando de la primera, Santa Gorgonia; «el no estar adornada, esta era su belleza». (2). Hé aquí ahora como hablaba de Santa Nona su madre: «Otras mujeres se glorian en su hermosura, ora sea esta obra de la naturaleza ó del arte. Mas ella no conocia otra belleza que la del alma, el anhelo por imprimir ó reparar en su corazon la imágen de Dios; el adornarse usando de coloretos ú otras artes, eso dejábalo á las comediantas» (3).

La simple belleza moral, que pertenece al órden natural, no tiene sin embargo á los ojos del cristianismo ningun mérito extraordinario; la belleza propia del cristiano es sobrenatural. Por esto ya antes de Clemente de Alejandria oíase que la hermosura del alma es obra del Espíritu Santo. Oigámoslo nosotros de boca del discípulo más ilustre del grande alejandrino cuando henchido de entusiasmo ensalza esta sobrenatural

(1) Χρὴ γὰρ εἶναι κοσμίως ἔνδοθεν, καὶ τὴν ἔσω γυνᾶν δεικνύναι καλὴν, ἐν μονῇ γὰρ τῇ ψυχῇ καταφαίνεται καὶ τὸ κάλλος καὶ τὸ αἶσχος διὰ καὶ μόνος ὁ σπουδαῖος καλὸς κάγαθός ὄντως ἐστίν. Clem. Al Paedag. 2. c. 12. Potter. 243.

(2) Ἀκαλλώπιστος (ἦν), καὶ τοῦτο κάλλος αὐτῆ, τὸ ἄκοσμον. Orat. 8, al. 11. in laud. Gorgon. n. 3. ed. Manr. 249.

(3) Greg. Naz. or. 18. al. 19. funebr. in patr. n. 8 ed. Maur. 335.

hermosura: «El que haya contemplado», dice, «qué cosa sea aquella belleza de la esposa á quien ama el Esposo, el mismo Hijo de Dios, aquella magestad del alma que brilla en ella con una hermosura sobrehumana y aún más que celestial, ese se avergonzará de honrar con el propio nombre de belleza á la hermosura corpórea de una mujer, de un jóven, de un hombre: la belleza propiamente dicha no toca á la carne (1), que no es sino fealdad. Porque toda carne es como heno, y su magnificencia, que, cual la llamada belleza en la mujer ó en el jóven, cautiva á los ojos, es como una flor segun el Profeta: Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del prado. Se seca el heno y la flor cae... mas la palabra del Señor nuestro dura eternamente» (2).

Considerada así la belleza corpórea, no debemos admirarnos mucho al encontrar en algunos escritores católicos, especialmente en los más antiguos, que el Hijo de Dios hecho hombre no era bello segun el cuerpo. Las palabras de Isaias (53, 2. 3.) se refieren, al decir de ellos, no tan solo al tiempo de su pasion, sino principalmente al en que se mostró vestido de nuestra carne. Pues si bien el Señor, hasta en aquel exterior en que parecia en los ojos de los hombres, estaba lleno de todo decoro y majestad, de

(1) Τὸ γὰρ κυρίως κάλλος σὰρξ οὐ χωρεῖ.

(2) Orig. de oratione n. 17. ed. Maur. p. 236.